

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVIII

Febrero de 1941

Núm. 188

Puntos de vista

El escritor y la sociedad

EL excelente periódico Argentina Libre que se edita en Buenos Aires, publica semanalmente algunas opiniones de escritores argentinos acerca de los problemas de la industria del libro y de la posición que debe adoptar el escritor frente a la sociedad. En todas partes de América estos problemas han sido debatidos con más o menos energía, suscitándose en ocasiones ardientes polémicas. Nuestra revista no ha estado ausente de este debate y lo ha abordado desde distintos ángulos señalando los puntos neurálgicos de su proceso.

El escritor Leonidas Barletta ha dicho lo siguiente: «El escritor argentino trabaja pacientemente en un medio hostil y hasta agresivo, que no se inclina a considerar como un oficio la dura tarea de escribir».

Esta es la observación general, la observación que sirve para todos los ambientes americanos y que por nuestra parte hemos glosado en distintas oportunidades respecto de Chile. Pero también es preciso añadir, con franqueza que no es sólo la sociedad, el medio, el ambiente, lo que más ha contribuido a esta atmósfera de hostilidad. En gran parte el culpable ha sido el escritor mismo. El escritor que intentó tomar partido, perdió la noción de sus deberes para con el arte y menospreció la labor de los que él estimaba como adversarios de su credo político. Este error ha causado un eclipse visible en la producción artística y ha llevado al factor

hombre a cometer injusticias y en algunos casos ruindades manifiestas, en contra de otros escritores. El medio, por muy burgués que se le crea y por muy insensible que aparezca en su captación de las pequeñeces de la vida literaria, se dió perfecta cuenta de que los grupos intelectuales no constituían sino pequeños partidos políticos que usaban para aniquilarse los mismos o parecidos expedientes de éstos. En el fondo no eran otra cosa que asambleas en las cuales se empleaban recursos vedados para el ataque, y hasta se usaban insidias e intrigas de inferior categoría.

La agresividad del medio para con determinados elementos proviene de la falta de dignidad de la conducta personal. Un escritor que mantiene su línea y su independencia y que no es un saltimbanqui de las letras, es respetado en donde quiera que se presente porque es la obra y es su conducta las que le defienden y le levantan sobre la mediocridad del conglomerado. La obra intelectual no puede estar sometida a los vaivenes de las reacciones insidiosas de los grupos o de los individuos resentidos por no se sabe qué oscuros complejos.

Pero es incuestionable que la infiltración de la política en la labor literaria ha menoscabado la producción misma y la ha hecho descender en su calidad y en su importancia. La política, sea cual fuere su etiqueta, según las innumerables denominaciones con que hoy se bautizan las agrupaciones o los bandos, ha determinado un retroceso visible y el ambiente, por cierto se ha dado perfecta cuenta de este fenómeno. A ciertos escritores se les ataca por demasiado avanzados, sin que la obra lo revele en su factura o en su calidad y sólo porque el autor se ha afiliado a un partido determinado y a otros se les ataca por lo contrario, por demasiado pasatistas. En el análisis, en ambos casos, no ha entrado para nada, el factor intrínseco, la calidad interna de la obra, la perfección o la médula o la belleza. Sólo se ha atendido a la etiqueta, a la actitud política o presuntivamente política del hombre de letras. Esto aparte por supuesto, de los que realizan una labor política a pleno aire, labor de propaganda, independiente de la obra de crea-

ción, y por lo mismo están en situación de ser juzgados como propagandistas y no como creadores de belleza.

Se ha insistido en repetidas ocasiones, que la verdad o el repunte social de una obra literaria, surge sola como una emanación, de los cuadros bien observados y mejor escritos, sin necesidad de propaganda deliberada, sin caer en el mal gusto de sentar cátedra o sostener una tesis determinada. El lector extrae las consecuencias necesarias y deduce las lecciones de rigor. Nunca acepta, sino en casos muy calificados, la obra literaria con intención política. La aleja, la condena, o la olvida casi siempre. Pero es fundamental que el que se dedica a la dura tarea de escribir sea alguien que tenga algo interesante que decir, algo medular o por lo menos observe bien y escriba bien. Mejor si escribe con un rico estilo, con una prosa flexible, o sanguínea o robusta o simplemente bella. Eso le será reconocido por añadidura.

Los que sientan cátedra de personajes o por lo menos de genios incomprensidos porque pertenecen a un bando determinado, no realizan sino mediocrementemente, la tarea literaria. Lo fundamental es la obra, la tarea realizada. La amenaza constante de producir una gran obra, no es más que una simple frase. Hay que producir sometiéndose a las disciplinas artísticas. Y especialmente hay que demostrar con la conducta personal que se es un hombre, en la acepción más noble del vocablo. Es decir, un ser cuya conducta inspire no compasión o lástima, sino respeto aún a esa porción filistea de la sociedad que aparenta desdeñar la obra artística, que vive del grosero materialismo, que es sorda y deforme, porque no ha tenido ni cultura suficiente ni sensibilidad o comprensión. La conducta es el estilo personal, la línea moral irrompible.